

salvado por un soldado que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caída, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los franceses, que huyeron dejando el triunfo y la victoria en manos de los españoles. Este fué el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragonés los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel revés, y acusando altamente á los franceses delante del Rey Carlos de su cobardía, y del desamparo en que habían dejado á su general, salió de Italia, y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba, ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el Rey Don Jaime navegó á Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la iglesia, y despues se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fué el armamento mas considerable que se hizo en aquel tiempo; Roger tenia la principal autoridad militar en él, y parecia imposible que la isla resistiese á una invasion tan formidable. Don Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de Iscla para combatir á los aragoneses, antes de su union con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le

amonestó que no tuviese la temeridad de tentar á la fortuna lejos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique siguió el consejo, y vuelto á la isla, se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó á la costa de Patti, y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del almirante, se dieron al Rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla, y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esperaba: entretanto los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del Rey Don Fadrique, y estrecharon el castillo, guarnecido con tropas de Don Jaime. Este envió á socorrer á los sitiados por tierra al Almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El Almirante atravesó la isla; á la fama de su venida los sitiadores alzaron el cerco, y despues de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro; visitó y pertrechó los lugares y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veinte y dos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como

á traidor, y sentenciado á muerte por la gran corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolítico, y que pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo, que en ódio del almirante, anunciaba á este su destino, si algun dia venia á parar en manos de sus enemigos.

Para su genio colérico é impaciente debió ser terrible este contratiempo; tanto mas que por entonces se le dilatava la venganza, pues el Rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacia su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco, y como huyendo de su hermano, se fué precipitadamente á Nápoles, y de allí dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseo de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente volvió á Nápoles con Roger y con su armada, convocó á la empresa todos los pueblos de la Italia; y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos reinos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo exponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando; y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos

años, que quisieron al punto acometer sin orden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras, por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su Rey las contenia; y siendo puesto el sol, cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, esperaron al otro dia para la ejecucion de sus furores.

Fué esta batalla sin duda la mas escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la legua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurrendo uno con otro, no por delito, ni por usurpacion, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion agena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los pueblos le habian dado. Apenas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.

Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil; reforzólas con

Junio 4
de 1299

los soldados de los presidios, que el Rey tenia puestos en los lugares vecinos de la costa; y luego que rayó el día, hizo desenlazar sus buques, y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas cuarenta. Los dos Reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistian al de Sicilia Don Blasco de Alagon, Hugo de Ampurias, Vinchi-guerra de Palici, y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragon acompañaban en la capitana el Duque de Calabria y el Príncipe de Taranto, sus cuñados. Peleóse gran espacio de lejos con las armas arrojadizas; mas Gombal de Entenza, impaciente por señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demas de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta medio dia. El calor era tan grande, que muchos soldados morian sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió: otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una division que Roger habia dejado suelta, para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilianos; y el Rey Don Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir; y mandó que llamasen á Don Blasco de Alagon, para juntos acometer al enemigo, y acabar como buenos. La fatiga y la rabia,

ayudadas del calor insufrible que hacía, rindieron sus fuerzas, y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricos-hombres que le acompañaban, acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que tambien huían. Don Blasco, que no quitaba los ojos de la capitana, luego que la vió huir, mandó á su alfez Fernan Perez de Arbe que moviese el pendon para acompañar al Rey: *No permita Dios jamas*, respondió aquel valiente caballero, *que yo mueva para huir del enemigo el pendon que me entregaron*; y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mastil del navío, y murió á otro dia. No peleó con menos aliento el Rey Don Jaime: clavado por el pie con un dardo á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el ejemplo. Este teson era digno de la victoria que conseguia; y la hubiera merecido con más razon, si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos; y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movian á compasión, y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el cas-

tigo, y los prisioneros fueron llevados delante del Rey. No faltó entre ellos quien echase á los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habían recibido en Sicilia, en fin su ingratitude con aquellos marinos mismos que en San Feliú y en Rosas habían libertado á Cataluña de la invasión de la Francia. Don Jaime oyó estas quejas con indulgencia; y entre los circunstantes había muchos que las aprobaban, y aun murmuraban de su victoria. Con ella las cosas de Sicilia parecían ya desesperadas. El Rey de Aragon, creyéndolo así, y que para apoderarse de la isla no tendrían los napolitanos más que presentarse; dió la vuelta á sus estados con gran disgusto del Rey Carlos y del Papa, que quisiera que no hubiese abandonado la empresa hasta arrojar él mismo á su hermano de aquel reino. Dejó empero al almirante para que asistiese al Duque de Calabria á tomar la posesion de Sicilia, y con él á los principales capitanes que le acompañaban; los cuales todos se dirigieron á la costa oriental de la isla, y se pusieron sobre Rendazo.

La resistencia que hizo esta plaza, y la variedad que tuvieron los sucesos, dieron al mundo un nuevo ejemplo de que no es fácil poner á un pueblo un yugo que él unánimemente desecha; y que la constancia, la entereza y el horror á la tiranía prestan á las naciones, por desvalidas y abatidas que estén, una fuerza sobrehumana. Los si-

cilianos, abandonados á sí solos, vencidos completamente por mar, con dos ejércitos enemigos en la isla, hicieron frente por todas partes al peligro, y le sacudieron de sí. Vuelto Don Fadrique á Messina con las naves que le quedaron de la derrota, dió aviso de ella á los pueblos; y manifestándose con confianza en medio de aquella adversidad, les enseñó á no desmayar por ella, y todos se apercieron á la resistencia. El Duque de Calabria y el Almirante no pudieron tomar á Rendazo; se dilataron por el Val de Noto, rindiéndoseles de fuerza ó de grado casi todos los castillos y plazas fuertes, entre ellos Catania, Noto, Cásaro y Rágusa. Ya un legado del Papa había venido á aquella parte á reconciliar los pueblos con la Iglesia; y el Rey Carlos, para apresurar el suceso, había enviado otra armada y otro ejército con su hijo, el Príncipe de Taranto, á apoderarse del Val de Mázara. Estas fuerzas arribaron á Trápana; y luego que Don Fadrique tuvo noticia de su llegada, determinó ir á encontrarse con el Príncipe, y darle batalla. Él con su ejército estaba en medio de sus dos adversarios, cubriendo el país que no ocupaban, y conteniendo al Duque de Calabria. Don Blasco de Alagon, su principal caudillo, no era de parecer que aventurase el Rey su persona en aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al Príncipe y vencerle. Pero Don Fadrique por su ánimo y su constancia era digno de su elevacion;

tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió, pues, en busca del Príncipe, que confiado en la suerte que favorecía su partido, no dudó de aceptar el combate, que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fué muy dudoso, y aun adverso á Don Fadrique; y se dice que uno de los Barones que le acompañaban, le requirió que saliese de la batalla. *¿Salir yo?* respondió el Rey, *he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa: huyan los traidores y los que quieran imitarlos; que yo, ó he de morir ó he de vencer.* Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte, que le tendiese enteramente, y con los que tenía á su lado arremetió el primero adonde el peligro era mas grande. Fué herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposición que Don Blasco de Alagon dió al ejército, y el valor y destreza de los terribles almogávares. El Príncipe de Taranto fué hecho prisionero, y el Rey mandó que se le custodiase en el castillo de Cefalú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de Don Fadrique y Don Blasco: y su dictámen en el consejo que tuó el Duque de Calabria cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante los dos ejércitos marchasen uno á otro á co-

ger en medio al Rey de Sicilia, y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fué tarde; y sabida la derrota y prision del Príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso, y la victoria que junto á Gallano consiguió Don Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses, mandados por el Conde de Brena, que fué hecho tambien prisionero; los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veinte y siete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Nápoles á buscar refuerzos de gente para el Duque de Calabria. Era Almirante de ellas Conrado de Oria, genovés, muy estimado de Don Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla; y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y mas todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La Capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo, y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran arnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfondasen; y como ni aun esto pudiese ejecutar-

se, determinó que se acostase una galera, y la pegase fuego; entonces Oria se rindió, y entregó al Almirante el estandarte Real. Fué esta batalla junto á la isla de Ponza; y Roger, segun su inhumana costumbre, manchó la gloria adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la Capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos en venganza del daño que le habian hecho. Apenas él habia dado este ejemplo de barbarie tan odioso, Oria y el Rey Don Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fué Oria tratado en su prision con todo rigor, y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavila que tenia en Sicilia: él se negó á la propuesta, diciendo que el

1300.

castillo era del Rey Don Fadrique; y este, estimando mas la persona de aquel caballero, mandó rendir el castillo, sin embargo de la importancia de su posicion.

Esta fué la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer, y fatigado de triunfos, se avistó con Don Blasco de Alagon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos Príncipes. Púdose extrañar mucho en el carácter duro del Almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temia que se le trocase la fortuna. Mas cualquiera que fuese el motivo que le instigase, ni él ni Don Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años despues se ajustó

al fin entre Carlos y Don Fadrique. Habian sitiado los franceses á Mecina; y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque la hambre y miseria que sufrían los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la Duquesa de Calabria, hermana de Don Fadrique; y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el Conde de Anjou, hermano del Rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. Don Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio; los pueblos que estaban por Don Fadrique se hallaban en el estado mas miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazon del Rey sobrepujó á todo: el Conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor, no quiso rendirse, y le hizo perder cuarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo, matando gran número de hombres y caballos, los disminuía y hostigaba, cuando Don Fadrique, aprovechándose de esta situacion, se acercó á los franceses con intencion de darles batalla. El Conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea, ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo mas

oportuno sería inducir á los Príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose Don Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenía en Calabria, y casándose con Leonor, hija del Rey Carlos.

Tal fué el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y en que Roger de Lauria fué el principal y mas glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debía con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes estados que habia perdido en Sicilia, ni por los servicios señalados que habia hecho á los Reyes de Aragon y de Nápoles en los últimos años de la guerra. Pero era preciso que así fuese: el Rey de Nápoles perdía á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo Rey de la isla Don Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España; y murió en Valencia en 17 de enero de 1305. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del Orden de San Bernardo en Cataluña, debajo del panteon del Rey Don Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: allí mandó él enterrarse en el testamento que otorgó en Lérida, año de 1291, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los estados de Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice así, traducido de la lengua catalana en que está escrito: *Aquí yace el noble Roger de Lauria, Almirante de los rei-*

nos de Aragon y de Sicilia por el Señor Rey de Aragon, y pasó de esta vida en el año de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo 1304, á 16 de las kalendas de febrero.

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar mas la gloria de Roger, y avergüenza á los que habiendo sido nulos en vida, quieren despues engañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningun marino, ningun guerrero le ha superado antes y despues en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura mas pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas, nadie podia igualarle en magnificencia, ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas cualidades la dureza bárbara que las deslucía: su corazon de tigre no perdonó jamas; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacia indigno de las victorias que conseguia. Puede escusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazon era mas terrible y mas inhumano que las circunstancias y los tiempos. Fué casado dos veces:

la primera con una hermana de Conrado Lanza, deudo de Doña Constanza, mujer del Rey Don Pedro; la segunda con una hija de Don Berenguer de Entenza; y su descendencia, enlazada á las primeras casas de Aragon y Cataluña, todavía dura conservando entre sus apellidos el nombre ilustre del Almirante. Si á pesar de haber nacido fuera de España, y ser su linaje extranjero, le he colocado entre nuestros hombres célebres, es porque venido á Aragon desde muy niño, aqui se educó, se formó, se estableció; por Aragon combatió, y al frente siempre de fuerzas aragonesas: su pericia, sus combates, sus conquistas, su gloria, sus virtudes, hasta sus vicios mismos nos pertenecen.

EL PRINCIPE DE VIANA.

El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aqui, se hacía menos horrible con la admiracion de sus hazañas, y el lustre de su gloria y su fortuna. Los mismos escándalos y mayores delitos se van á recordar ahora, con el desconsuelo de ver los talentos malogrados, los lazos de la sangre rotos del modo mas bárbaro y mas vil, la virtud perseguida y sacrificada, la injusticia triunfante; y al escribir la vida del desdichado Príncipe de Viana, no pudiendo contenerse en la indiferencia histórica, la pluma se baña en lágrimas, y el estilo se tiñe con los colores que le prestan la indignación y el dolor.

Nació en Peñafiel á 29 de mayo de 1421, de Don Juan, Infante de Aragon, y Doña Blanca, hija y sucesora de Carlos III, Rey de Navarra, lla-

AUTORES CONSULTADOS: Zurita. — Aleson, continuation de los Anales de Navarra de Moret. — Mariana. — Historia de Poblet. — Crónicas de Don Juan II y Don Enrique IV de Castilla. — Nicolas Antonio. — Varios manuscritos auténticos del tiempo comunicados al autor.